



Marcha estratégica de Querétaro á Oaxaca.

XII.

LA TENTACIÓN.



REFIRIÉNDOSE á la situación del ejército republicano, en aquellos aciagos días, dice el Sr. Gral. Bernardo Reyes:

«Más tropas europeas habían desembarcado en Veracruz en 1863, y más habíanse organizado de las mexicanas que á las invasoras sirvieran contra los intereses de su propia patria. El Capitán Niox, en su obra que hemos citado, expresa que de 1864 á 1865, contaba el General en jefe de las fuerzas invasoras, con 28,000 franceses, 6,000 austriacos, 1,300 belgas y 28,000 traidores de fuerzas de línea y rurales, haciendo todos en conjunto un total de 63,300 hombres. En este cómputo descuenta el número de una Brigada del ejército francés, que regresó á Europa.

«Ascendido Forey á Mariscal de Francia, es llamado á su país á desempeñar su alto cometido, y quedó con el mando de las operaciones en México, el Gral. Bazaine, desde el 1º de Octubre de 1863.

«Urgía que Maximiliano viniese á formar una situación propia, aunque siempre dependiente de la influencia del Emperador de los franceses.

«Cuando la comisión mexicana respectiva fué á ofrecerle la corona, presentándole una acta de los llamados notables, expuso que, antes de venir á México, deseaba ver ratificado, por el voto popular, el llamamiento que se le hiciera.

«La cuestión era formar actas sobre el particular en los puntos que fueran ocupando los franceses, y así se efectuó aquel singular plebiscito.

«Bazaine habíase ocupado de estudiar la situación interior del país, y se alistaba para emprender sus operaciones. Al efecto, contaba desde luego con 35,000 franceses y 8,000 mexicanos aliados.

«Disponiendo de dos fuertes Columnas de 8,000 hombres cada una, y algunas Brigadas de reserva, se dirigió al centro de la República. Una de esas Columnas debía ser mandada por Castagny, á cuyas órdenes iría Márquez, la cual tendría que marchar por Toluca y Acámbaro á Morelia; y la otra, á cuya cabeza iría Douay, avanzando por Querétaro y Lagos, debería llegar á Guadalajara.

«Á fines de Octubre de 1863 se movieron esas fuerzas, y á principios de Noviembre del mismo año, Bazaine alcanzó á Castagny, dejando encargado de la Capital de la República al Gral. Neigre. El citado Castagny tiene que modificar su programa, y manda á Márquez á Morelia, quien la ocupa el día 30, después de ser evacuada por el Gral. Berriozábal. Douay entraba en Guanajuato el 8 de Diciembre, y Bazaine, disponiendo de las fuerzas de Castagny, llega á Silao el día 12, en persecución del Gral. Doblado, quien, en combinación con Uruga, reunía 10,200 hombres en Piedra Gorda; mas aquellos dos jefes liberales fraccionan sus tropas, y Doblado toma rumbo al Norte, á virtud de lo cual, Bazaine deja de perseguirle.

«Douay había marchado sobre Uruga, y éste rápidamente se lanzó contra Márquez, sobre Morelia, que atacó el 18 de Diciembre con verdadera furia. Márquez, que fué herido en la cara, resistió, y Uruga, habiendo dejado sobre el campo 800 muertos y heridos y teniendo á los franceses á retaguardia, se retira por Zamora; maniobra hábilmente, y llega el 2 de Enero de 1864 á Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán); Bazaine, entretanto, avanzaba, ocupando el 5 de Enero del mismo año de 1864, á Guadalajara, de donde Arteaga salió el 3 con el fin de incorporarse al citado Uruga.

«Mejía marchaba sobre San Luis Potosí, y el Gral. Negrete iba retrogradando jornada tras jornada frente á él. El 20 de Diciembre de 1863, á virtud de avisos de Negrete, y sabido el mal éxito de Uruga frente á Morelia, el Gobierno Constitucional se retira de San Luis Potosí, dando noticia de que se establecería en Saltillo. Negrete deja á San Luis en poder de Mejía y vuelve luego á atacarle, sin conseguir buen éxito, no obstante el valor desplegado en el ataque por el Gral. Sóstenes Rocha.

«Juárez, que había llegado á Saltillo, viendo que Vidaurri se negaba á poner á su disposición las rentas federales de las aduanas fronterizas y las de Matamoros y Tampico, queriendo, más que todo, evi-

tar una grave disensión, pasó hasta Monterrey, donde aquel jefe le desconoce.

«Regresa á Saltillo, contando sobre la marcha de retirada con tropas de Doblado, y declara traidor á la Patria al jefe rebelde, que se puso en comunicación con el enemigo. Bien pronto el citado Vidaurri, abandonado de sus tropas y perseguido, huyó para los Estados Unidos. El Presidente Juárez volvió entonces á Monterrey y allí estableció su Gobierno.

«El 9 de Abril de 1864, Maximiliano, después que se le presentó un expediente de actas de adhesión á su persona, aceptó en Miramar el trono de México, dictó desde aquel lugar varias disposiciones, disolvió la Regencia y nombró á D. Juan N. Almonte su lugarteniente, para que lo representara, en tanto que él llegaba á desempeñar su puesto. Con su nuevo carácter firmó un arreglo de empréstito y un tratado ajustado con Napoleón III, por el cual quedaba convenido, entre otras cosas, que á la mayor brevedad se reduciría el ejército francés en México, á un efectivo de 25,000 hombres. También se fijó en este tratado, que la ley de Juárez, sobre bienes nacionalizados, surtiría sus efectos.

«En puridad, el Gobierno que se iba á establecer en México, sería una dependencia de Napoleón III y, por consiguiente, un amago á los principios republicanos de la América española; un amago también á la integridad federal del Norte, y una restricción á su preponderancia. Los Estados Unidos Americanos, conocían bien á dónde iban á parar los golpes del César francés; pero por virtud de su guerra civil, estaban en el caso de disimular; ello, no obstante, el Gobierno Constitucional de México fué constantemente reconocido por el de la República del Norte.

«Maximiliano arribó á Veracruz el 29 de Mayo, y después de detenerse en Orizaba y Puebla, hizo su entrada á México el día 12 de Junio de 1864.

«Los jefes expedicionarios liberales, sin centro de acción, á largas distancias unos de otros, obraban para hacer la guerra por cuenta propia, viviendo lastimosamente sobre el país.

«Ante los avances de los invasores, muchos liberales vacilaron, y creyeron que el Gobierno Constitucional se derrumbaría entre las ruinas de las plazas y el estruendo de los combates, é hicieron vacilar á jefes de alta graduación, como Uruga, quien tenía bajo su mando, en el Sur de Jalisco, más de 8,000 hombres. El Coronel D. Ramón Corona se persuadió de la conducta equívoca de su jefe, y se se-

paró de su lado; después, el General Arteaga lo desconoce y lo declara traidor, viéndose aquel tráfuga en el caso de huir, escoltado por dos escuadrones con que se dirigió al lugar ocupado por el enemigo. Como quiera que fuese, aquel cuerpo de ejército, por la insidia y la traición desmoralizado y dividido; dispersas, en parte, sus tropas, que los oficiales desatendían, quedó reducido á unos cuatro mil soldados al finalizar el mes de Junio de 1864.

«Los acontecimientos de guerra se sucedían. Para las operaciones del Norte se escogían tres caminos: de Zacatecas á Chihuahua, pasando por Durango; de San Luis á Monterrey, pasando por Saltillo; y de Querétaro á Matamoros, pasando por Victoria y Linares. El primer camino, con una División, tenía que recorrerlo el General L'Heriller; el segundo, con otra, Castagny, y el tercero, con una Columna que se dejó á su mando, el General Mejía. Para poner las dos últimas en contacto, el Coronel López se movería con una sección ligera. Tales dos Divisiones deberían combinarse sobre Monterrey, si se creía necesario. Á fines de Julio se dió principio á la operación, y el 20 de Agosto, Castagny, que ocupaba el centro y daba la medida de avance á las tropas de los flancos, llegó á Saltillo.

«El 15 de Agosto, ante el avance del enemigo, previa la expedición del decreto que lo hacía saber, el Gobierno Constitucional salió de Monterrey á las tres de la tarde, según ese decreto lo anunciaba. El Coronel Quiroga, en los momentos de su marcha, desconoció al Presidente y hostilizó con caballería su reducida escolta.

«De Saltillo habíase movido González Ortega, con 1,500 hombres, y se unía con el Presidente. Al llegar los expedicionarios á territorio de Durango, Patoni, con una pequeña División, se incorporó; y quedando el Presidente en condiciones de retirarse á Chihuahua, los dos jefes aludidos marchan á hostilizar la Capital del Estado de Durango, donde ya se encontraba el General L'Heriller. En tanto, Castagny llegaba á Monterrey, y Mejía se apoderaba de Matamoros.

«El 21 de Septiembre, las fuerzas de Patoni y González Ortega se encontraban en un lugar llamado Majoma, al que da su nombre un cerro así denominado, y allí son atacadas por una Columna francesa, mandada por el Coronel Martín.

«Esta Columna llega frente á la línea de batalla, y ataca el cerro, llave de la posición: la artillería mexicana rompe sus fuegos, y á los primeros disparos muere el Coronel francés, sucediéndole el Comandante Japy, que prosigue la marcha de avance y toma el cerro, quitando parte de la artillería. Tras ésto, las fuerzas liberales se retiran

en orden, protegidas por la caballería, y en la noche, sin ser hostilizadas, se desbandan de una manera lamentable. Aquellas fuerzas no habían sido alimentadas en dos días, y cuando llegó la noche y no hubo ración que repartir, rompieron las filas y se diseminaron.

«Carbajal y Quesada conservaron su tropa, alejándose de la corriente de los desbandados. Estos jefes, por haber tenido gente montada, que llegaba á lugares habitados, habían conseguido, para sus subordinados, escasos víveres.

«El Gobierno, al tener conocimiento de tal desastre, se dirigió por el desierto, con unos 200 hombres de escolta, á Chihuahua, adonde arribó el 12 de Octubre.

«Corona y Rosales, en Sinaloa, luchaban con dificultades para sostener sus tropas, con que habían de combatir á una fuerte expedición francesa, que avanzaba hacia Mazatlán, combinada con 5,000 hombres de Lozada y una escuadra por mar.

«Arteaga, acosado en el Sur de Jalisco por las fuerzas de los Generales Douay y Márquez, sufre un descalabro en «El Chiflón;» toma el rumbo de Michoacán, y derrotado en Jiquilpam, se une después, con sus restos, á Régules y Riva Palacio, que muy trabajosamente sostenían la guerra al Sur y Oriente de Morelia.

«Así iba terminando el año de 1864.

«Había llegado la hora suprema de la prueba.»*

Fué precisamente en aquella época de prueba, cuando el General Porfirio Díaz contestó á las halagadoras proposiciones del Imperio, con la energía, la fe y la dignidad de un buen soldado que tiene convicciones y lucha por su Patria, su honor y su bandera.

«El Lic. D. Manuel Dublán me llevó una carta del Prefecto Imperial Juan Pablo Franco, en que se me proponía que me adhiriera al Imperio, ofreciéndome que conservaría el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente....

«Me indigné de que Dublán, pariente de Juárez, y antiguo liberal, se prestara á hacerse instrumento de tal indicación, y considerándolo como enemigo, mandé ponerle preso, para fusilarle como espía. D. Justo Benítez, condiscípulo y amigo de Dublán, se empeñó en salvarle. Consentí en que quedara en libertad, pero á condición de que saliera del Estado y de la República con rumbo á Guatemala.

* México. Su Evolución Social. El Ejército. Por el General de División, Bernardo Reyes.

En vez de hacerlo así, se quedó en Tehuantepec varios días, pretextando enfermedad. Le ordené que permaneciera en Tlacolula . . .

«Después de la ocupación de Oaxaca por Bazaine, Dublán sirvió abiertamente al Imperio . . . Él, D. Luis Carbó, D. Ramón Cajiga y otros ex-liberales, fueron de los que más perjuicios me hicieron durante el sitio, fomentando descontento y deserción entre mis soldados. Afortunadamente el Lic. Dublán sobrevivió lo bastante para reivindicarse, hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia al servicio de la República, en ocasión oportuna y con muy buen éxito.

«El Gral. D. José López Uraga, que mandando fuerzas de la República se había pasado al enemigo, y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió á su ayudante, el Coronel Don Luis Álvarez, que años antes había sido jefe de mi Estado Mayor, y estaba entonces sirviendo al Imperio, con una carta fechada en México el 18 de Noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirle en su defección, y me ofrecía dejarme con el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían á ellos soldados extranjeros, sino en caso de que yo los pidiera; y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el Gral. Uraga, ni esa circunstancia, ni ningunas otras consideraciones, me hubieran hecho jamás vacilar en el cumplimiento de mi deber. Por lo demás, el citado jefe había, con su conducta, perdido el aprecio que antes podía haberme inspirado.

«Me pareció que, en las circunstancias, era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner á su vista la invitación que me hacía el Gral. Uraga, y con tal motivo, cité á una junta á los Generales y Coroneles que estaban bajo mi mando; les mostré la carta enunciada y la respuesta que provocó, la cual mandé con el ya citado Coronel Álvarez, advirtiéndole á Uraga, que un segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular á los Gobernadores y jefes militares de la línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

«He aquí la carta y contestación aludidas:

«Sr. Gral. D. Porfirio Díaz.—México, Noviembre 18 de 1864.—Muy querido amigo: Muy largo sería hacer á Ud. un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá á Ud. algo; pero baste á Ud. que, sin quererse batir, sin querer salir del Sur de Jalisco, y sin querer sujetarse á no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortu-

na en la revolución, y ésto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

«No creí que ésto era servir al país, ni defender nuestra causa, ni honrar nuestros principios; y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en Junio al Emperador, para hacer cesar la guerra, sin reconocer nada. Obré también mal, porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combatí en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo práctico, todo lo progresista é ilustre del Emperador, le digo á Ud., amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que, amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra independencia é integridad de territorio, yo juro á Ud. que habría concluido en los cerros antes que reconocer nada; y si hubiera tenido la cobardía de venir, yo tendría la buena fe de decir á Ud.: «Hay que combatir;» pero no es así, Porfirio; creo que me hará justicia, Ud. que me conoce y que aceptará mi apreciación en las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad, si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá á poder de los americanos, y entonces, ¿qué tendremos como Patria? Hasta hoy tiene Ud. un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medio de hacer mucho en la causa del progreso, entrando franca y noblemente en materia. Mañana, sin combatir por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando á Ud. á Luis, á quien conoce Ud. Ésto y mi nombre, ¿no son para Ud. una garantía de franqueza y lealtad?

«Luis hablará á Ud.; yo estoy aquí para todo cuanto Ud. quiera, y cuando Ud. venga y vea lo que pasa, y se vuelva á su punto y á sus fuerzas, si no conviene en lo que digo á Ud., ó diga lo más conveniente, en todo trabajaré.

«Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema, no perdamos los principios, y, sobre todo, el país en su integridad é independencia. Adiós, querido Porfirio; Ud. sabe cuánto le he querido, con qué franqueza le he hablado siempre, y cómo es su amigo que le ama y B. S. M.—José L. Uraga.»

«Contestación: «Sr. D. José López Uraga.—México.—Mi antiguo General y estimado amigo:

«Con indefinible placer abrí los brazos á Luis, y fijé la vista sobre la carta que con él se sirvió Ud. dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso, y Luis me ha ofrecido hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder á Ud., si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

«Quedo muy reconocido á la mediación que Ud. se digna ofrecerme, porque si bien lamento los errores que han dado lugar á este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

«Yo no seré el que me constituya juez en los actos de Ud., porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo á juicio, le abrazaría como á un hermano y le comprometería á volver sobre sus pasos. Pero si Ud. puede, según su juicio, explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que, según Ud. me dice, eran adversos á nuestra causa en el Centro, son en Oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

«El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la Brigada que mando yo en Puebla; y Ud. sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados, pero tan perfectamente identificadas á las otras en su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras á igual estimación.

«En los Estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa, y tal escrúpulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia,* sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones.

«Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior; y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva ese triunfo, ha de ser á mucha costa, y solamente porque nos aplastaren por la superioridad en el número; pero no será tan remoto que obtengamos la victoria, y que la República toda se convierta al otro día en un extenso palenque. *La lucha, puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo libres é independientes, pero el éxito es seguro.*

«Me hace Ud. justicia, que también le agradezco, en creer que

* Sin duda exageraba la importancia de sus elementos, con el patriótico fin de no dar á conocer su verdadera situación al enemigo.

conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir: pues bien, para la prensa asalariada, no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el Archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto, con resignación y entereza, que se deturpe mi nombre, sin arrepentirme de haberme consagrado al servicio de la República.

«Siento en el alma que, habiéndose Ud. separado del Ejército del Centro, con ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el Archiduque, y venga con el tiempo á desenvainar, en su defensa, la espada que en otros días ha dado á la Patria; pero si así fuere, tendré, por lo menos, el consuelo de haber continuado en las filas en que Ud. me enseñó á combatir, y cuyo símbolo político Ud. grabó en mi corazón con palabras de fuego.

«Al presentármeme un mexicano con las proposiciones de Luis, debí haberlo hecho juzgar con arreglo á las leyes, y no mandar á Ud. en contestación, más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que Ud. invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente á Ud. y á ese común amigo, relajan toda mi energía, y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

«La prueba á que Ud. me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y á romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede Ud. creer que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades, llegarán á ocasionarme la menor vacilación. He hablado á Ud. casi exclusivamente de mi persona; pero no porque olvide á mis ameritados compañeros de armas, ni á los heroicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han consumado por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública, pronunciada altamente, y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun en Veracruz y Puebla. Como Ud. sabe, los dos primeros han arrojado á los imperialistas de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio; y en el cuarto y quinto, en una extensa zona se mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree Ud. que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree Ud. que no me pedirían, y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad,

y que no sabrían sostenerse por sí mismos, ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, *resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda, por llegar á la generación que nos reemplace, la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.*

«Ojalá, General, que no contrayendo Ud. ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que, entretanto, se conserve Ud., desea sinceramente su muy atento amigo y S. S.—*Porfirio Díaz.*—Oaxaca, Noviembre de 1864.» (Memorias).



XIII.

DEFENSA DE OAXACA.

PRISIONERO DE GUERRA.



MIENTRAS el Emperador procuraba, por tan ruines medios, atraer á su partido al valiente caudillo, el General en jefe del ejército invasor, comprendiendo la importancia del General republicano, marchaba él mismo, al frente de sus huestes, contra la plaza de Oaxaca.

«El 17 de Diciembre de 1864, se reunieron en «La Carbonera,» la Columna de Courtois d'Hurbal y la de Brincourt, y defendieron juntas á Etna. Yo tenía en observación, en la hacienda de «San Isidro,» inmediata á Etna, la Brigada de caballería que mandaba el Coronel D. Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo que cubría el escuadrón irregular, que era á las órdenes del Coronel D. Ladislao Cacho.

«El día 18 recibió el Coronel D. Félix Díaz, que tenía el mando, por ausencia de Treviño, aviso de que el puesto de vanguardia había sido forzado; y como la Brigada se mantenía con la caballería ensillada, mandó Díaz que salieran los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento á formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba á todo escape, y sufriendo grandes pérdidas, el escuadrón «Cacho.» En un momento chocaron las fuerzas francesas, que perseguían á Cacho, con los lanceros de Oaxaca, que se les aparecieron entre la polvareda que habían levantado aquéllas, siendo el choque tal, que tras vacilar un instante los cazadores de África, que ve-